



Érebo y los Amoritas

Taid Rodríguez Castillo



©2017

Érebo y los Amoritas

Taid Rodríguez Castillo

Érebo y Phanes

Muchas veces me ha extrañado que, siendo tan ricas las mitologías griega, mesopotámica, celta, nórdica o egipcia, fuera tan pobre y tan exigua la mitología ibérica, reducida prácticamente al mito de Gárgor y Habis, y éste recogido apenas por algunas pocas fuentes, y muy tardías. Y me ha sorprendido aún más cuando, con el tiempo, he ido profundizando en la historia de los iberos y de los tartesios.

¿Cómo es posible que culturas tan ricas no hayan tenido una mitología propia? O, mejor dicho, ¿por qué no ha perdurado en el tiempo esa mitología? La respuesta es que, tal vez, sencillamente fueron culturas que no hicieron un uso tan extensivo de la escritura como otras posteriores. Tal vez porque no la conocieran, tal vez porque, conociéndola, la emplearon para otros usos. Pero aun sin fuentes escritas, podría seguir siendo válida la pregunta de por qué no existe una mitología ibérica.

Ahora bien, en la época de Cervantes y hasta la de Velázquez, sí se tenía la fuerte impresión entre los eruditos, entre los académicos y entre los artistas de que esa mitología ibérica estaba subsumida o fagocitada por la griega. Sobre todo en lo relativo a Hércules (a los muchos Hércules que por entonces se contaban). Por eso se puso en aquel tiempo mucho interés en los estudios de mitología griega (ejemplo paradigmático: Góngora). Y en su estudio resultó que aquellos mitos que parecían tener una mayor afinidad con lo ibérico eran, como decimos, los mitos de Hércules, de Baco, los de los titanes, en especial el ciclo de Atlas, los mitos de los gigantes, los de las gorgonas. Zeus nunca tuvo mucho predicamento entre los simbolistas de la edad de oro española. Ni tampoco Apolo o Atenea. En sus representaciones preferían las sirenas y los tritones al búho ateniense o al rayo olímpico.

En esos mitos, que por otra parte forman seguramente el corpus más antiguo de la literatura homérica, se encontraban repetidas menciones a Occidente. Tal vez oían hablar del Hades y lo relacionaban con Gades; oían hablar de Atlas y del Jardín de las Hespérides y lo relacionaban con

el monte Atlas y las regiones de poniente (Hespérides denomina los países donde se pone el sol); oían hablar de Hércules y Gerión y lo relacionaban con el mito de Gárgor; o leían sobre las gorgonas y hacían lo mismo; o relacionaban el nacimiento del caballo alado Pegaso con las antiguas tradiciones lusitanas que hacían de los caballos hijos del viento (por eso les ponían alas).

Los especialistas nos recuerdan una y otra vez que en tiempos de Hesíodo y de Homero los griegos no conocían nada más allá de Italia (!?), y que ése era, a lo sumo, su “Occidente”. Sin embargo, no cuesta trabajo encontrar escritos bien argumentados que pongan en duda esta limitada visión del horizonte griego. En cualquier caso, eso reforzaría aún más la idea de que esa mitología, al fin y al cabo, no era verdaderamente producto del genio griego.

Dentro de ese proceso, en el que una tradición mitológica es asimilada y subsumida por otra, siempre se da un ligero cambio de nombres, incluso se trasforman los contenidos. Pero hay pilares y nombres que no se pueden tocar, porque resultan evidentes para una gran mayoría de público. No se puede olvidar el nombre de Kronos, de Gea o de Urano. Y sería muy difícil si se quisiese dejar de mencionarlos. Aun mutiladas y adaptadas a nuevas exigencias de los tiempos, las creencias antiguas parecen pervivir de manera tenaz.

En este artículo queremos retomar el punto de vista del Siglo de Oro español y reivindicar que algunos grandes ciclos de la mitología griega no son griegos en origen, sino que pertenecen a un acervo anterior, tal vez atlántico, por ser fundamentalmente mitos marinos, con abundancia de viajes por mar y con fuerte presencia de tritones, sirenas, y serpientes; y por ser femeninos también, con claro protagonismo de Circes, Medeas y Gorgonas, todos ellos personajes que fueron situados por los mitólogos griegos en el más extremo occidente, engendrados de monstruos y seres mixtos de todo tipo, desde centauros a pegasos. El jefe de esta mitología sería Poseidón, síntesis de la tradición atlántica, cuyo emblema era el tridente.

La mitología de la época órfico-pitagórica recuperó buena parte de ese legado, que Hesíodo y la escuela Homérica habían tratado de forma tan resumida, concediéndole tan poca importancia. Los mitos antiquísimos de Érebo, Nix y Kronos no suman más de un párrafo en la obra del célebre compilador. Sin embargo, son centrales en los himnos órficos. Los filósofos de la escuela órfica recuperaron buena parte del sentido de estos mitos, que habían sido desdibujados hasta el extremo de caer casi en el olvido. Resurgen así Caligine (Niebla) y su primera descendencia, Phanes (Luz), y se desarrolla su iconografía, reinventándose unos cultos asociados a ellos, a través de los cuales resurge toda una filosofía iniciática, casi mágica. Esta recuperación órfica de algunos mitos antiguos nos puede acercar a lo que pudo ser también nuestra primera mitología.

Hay que hacer un inciso para aclarar que antiguamente, mucho antes de los griegos del s. VI a. C. (que fueron quienes reescribieron y trasformaron los mitos antiguos hasta darles la forma que hoy conocemos), mito y filosofía no estaban separados, sino subsumidos el uno en el otro. Mito y filosofía es como decir hoy símbolo y razón (teniendo en cuenta que en el símbolo o a través del símbolo, de su geometría, por ejemplo, opera algo siempre misterioso, de ahí su relación con la magia y con los cultos mágicos, con los amuletos, los conjuros, etc.). Es obvio que el pensamiento funciona a través del empleo de símbolos, cuyo sentido profundo y forma de operar desconocemos. Y es obvio que los hace operar dentro de unas coordenadas de espacio y tiempo.

Sin embargo, los griegos abrieron el proceso que inició ese paulatino distanciamiento de ambos que ha durado hasta nuestros días. Ellos empezaron a aberrar de la magia y de los rituales mágicos. Pero, al hacerlo, tiraron también por el lavabo todo lo que resultaba oculto, desconocido, y renegaron de ello. Con ellos nació la pretensión de que “todo se puede explicar”.

El mito órfico habla precisamente de este proceso. Dice que cuando la serpiente Kronos cubrió a la Noche ésta se hizo fértil, y engendraron juntos un huevo cósmico, en cuyo interior creció el Protogonos, el “primer ser creado”, el primer protagonista, llamado Phanes o Eros. Este Phanes llevaba unos atributos que lo identificaban con la Luz, pero entendida no solo como la luz del pensamiento, sino también, o sobre todo, como Amor (Eros) o Amor de Oro. Esto se podría entender de muchas formas. Tal vez en algún momento del rito alguien explicase cómo el espacio-tiempo cronológico apareció como categoría mental en nuestras vidas, y cómo comprimiendo con ello poderosamente a la noche, al símbolo, que antes campaba a sus anchas, dio a luz al primer ser con estado, al primer ser creado en el tiempo y en el espacio. O tal vez no. Tal vez otra cosa distinta por completo. Pero desde luego valdría para explicar cómo los griegos, de los atributos heredados por Phanes, se decantaban claramente por Kronos antes que por Nix, por el principio masculino antes que por el principio femenino. Kronos es el orden cronológico, el orden por excelencia.

Los griegos de la época de los primeros juegos olímpicos se debían sentir cómodos con la idea de un mundo predecible, organizado, sometido a reglas. En ese mundo no cabía la diversidad de significados ni de significados mezclados con emociones de que hace gala el símbolo. Por eso los griegos trataron de “clarificar” los mitos en sentido cronológico. Los transformaron en historias lineales, predecibles, donde se evita la relación del ser humano con lo divino y se trastoca en relaciones de vulgaridad mundana. Convierten las nociones elevadas, fuertemente simbólicas, poco menos que en banalidades de corral de comedias. Todo lo que diera valor explicativo en esos símbolos fue desvestido, desvelado y confinado a la elucubración filosófica, por una parte, y a la elucubración geográfica e histórica, por otra. Todo muy razonable, muy medible, con gran capacidad estructurante. Pero, con este proceso, los mitos perdieron gran parte de su fuerza, de su magia, de su capacidad de sugestión.

Esta capacidad de la filosofía y de la historia para estructurar y desvelar lo oculto es mera apariencia. Nadie puede creer que una estructura “X” sea estanca, que una frontera no sea permeable. Pero establecer fronteras y desvelar mitos era justo lo que necesitaba una sociedad en la que, recordemos, grandes masas de población estaban teniendo acceso a la ciudadanía. Esta era todavía muy restringida. Pero en su restricción era infinitamente más amplia que la marcada tendencia anterior, en la que solo una ínfima élite palacial tenía acceso a desarrollarse como individuo. El nacimiento de la filosofía y de la historia está vinculado a la ciudad, y al deseo, por parte de las autoridades de la ciudad-estado, de que no existan verdades ocultas.

Digamos que este paso de la filosofía fue necesario para pasar del palacio a la ciudad. Ciertamente, la ciudad es un palacio ampliado, que actúa despóticamente con su entorno y que compite con otras ciudades por ese dominio. Pero en esa estructura palacial ampliada el número de personas con acceso a su propia vida se multiplica por mil o por más.

La reacción órfica trató de rescatar en el marco de la ciudad algunas de las nociones mitológicas antiguas. Con gran éxito, por cierto. De hecho, la filosofía estructuralista, mecánica y materialista griega solo despegó cuando algunos de sus filósofos aceptaron la posibilidad de una cierta “oscuridad”, cuando le dieron un cierto valor a lo oculto (no por oculto, sino por desconocido) e incluyeron en su filosofía algunos de los símbolos contenidos en los antiguos mitos. Ahí se hizo fértil la filosofía griega.

La época de los palacios es, por tanto, la que debió de crear los mitos más antiguos. ¿Cuáles eran estos antiguos palacios? ¿Cuál era la civilización palacial? “Palacio” y “pala” están etimológicamente muy cerca. Los palacios eran seguramente el lugar de los residentes de los “palos”, llamados por los griegos *paleos*, término que acabó significando “antiguos”. Debían de ser en un primer momento construcciones en madera (palos), enclavadas en lugares que sirvieran de defensa natural frente a los más inmediatos vecinos: zonas pantanosas, islas, deltas de los grandes ríos. El agua era por aquel entonces (ahora veremos cuál es ese entonces) una barrera natural para todos aquellos que no supiesen navegar. Los *paleos* sabían navegar. De ahí que sus mitos los describan como navegantes y los simbolicen por medio del recurso a seres anfibios (patos, garzas, pelícanos, sirenas, tritones). El remo o “pala” era uno de sus distintivos. También la “pata de la oca” o el “tridente”, pues posiblemente muchas de sus palas tuviesen forma de tridente en uno de sus cabos, para clavarse en las aguas bajas.

Las sociedades palafíticas y talasocráticas pervivieron en el Mediterráneo oriental hasta el advenimiento de Micenas. Creta fue uno de los últimos enclaves de esta zona en caer. Los palacios cretenses de piedra (inicialmente de madera, de palos, igual que los templos, que antes de ser de piedra fueron de madera) o la “civilización minoica” –ojo, no eran ciudades– alcanzaron su esplendor hacia el segundo milenio a. C. Pero venían desarrollándose con fuerza en la isla desde por lo menos el 3000 a. C. De ahí para atrás podemos echar cuenta de la antigüedad de estas sociedades palafíticas, que deben remontarse con facilidad a la época neolítica: casas sobre palos construidas en lagos o entornos palustres, como las encontradas recientemente en el lago de Banyolas.

¿Existieron sociedades palafíticas y palaciales en Occidente? ¿Sería Tartessos una de ellas?

Lo cierto es que en Occidente no ha quedado rastro arquitectónico de palacios semejantes a los de Creta. Tal vez porque fueran más antiguos y solo se edificasen en madera. O porque, como buena parte de los palacios cretenses, se encuentren bajo el nivel del mar actual o bajo las arenas de los estuarios. Quedan testimonios, eso sí, de la tradición oral: San Isidoro de Sevilla, en sus *Etimologías*, recogía la creencia de que Hyspalis querría decir “Sobre Palos”. Quedan topónimos en este sentido, como el de Palos de Moguer; o la semejanza entre la ciudad de Erbi descrita por Avieno y “Érebo”; o Tártaro y Tartessos. La etimología clásica de Tártaro lo relacionaba con Tartessos, y solo muy tardíamente fue desechada por la incredulidad de Heródoto, a pesar de que es por este mismo autor por quien nos han llegado noticias de que en Tartessos existían (cuando él vivía) leyes escritas de más de seis mil años de antigüedad. Pero no solo existen el Érebo y el Tártaro. Existe también la antigua ciudad de Nysa, que vio nacer a Dio-Nyso, y los campos de Nysa; existe también el lago ligústico, que puede ser (y ha sido, de hecho) relacionado con la laguna Estigia; existen, en fin, Orto y Cancerbero, los perros guardianes de las puertas del infierno; existe Gades,

palabra que fácilmente se puede relacionar con Hades, dueño de dichos perros; existe Medusa; y existen las leyendas de los caballos criados por el viento, Pegasos, caballos lusitanos criados y domesticados por los Cynetes, descendencia maravillosa de la horrenda Medusa. Mitológicamente existen infinidad de indicios: Atlas, Briareo, el jardín de las Hespérides, o los trabajos de Hércules, en relación con el robo de los bueyes de Gerión.

Falta, en cambio, el espaldarazo de los hechos históricos, las fuentes arqueológicas que establezcan que lo que se contiene en aquellos relatos mitológicos griegos tuvo un “correlato” en muchos otros lugares del Occidente atlántico.

Uno de los argumentos más fascinantes que nos pueden servir para descubrir esa correlación a lo largo de todo el Mediterráneo, y no solo en Grecia, es la historia de los amorritas.

Los Amoritas, Amorrilas o Amorreos, son un pueblo que aparece mencionado varias veces en el Antiguo Testamento. Aquí se les distingue a veces de los Cananeos, y otras se les confunde o se les asimila con ellos. Por ejemplo, Abrahán vivió “junto a la encina de Mambré, el Amorita”. En las fuentes más antiguas aparecen caracterizados como un grupo diferenciado, una confederación de tribus, étnica e incluso lingüísticamente diferentes, llegadas “de fuera”. Son nómadas, aunque tiendan a sedentarizarse, logrando fundar a veces ciudades-estado. La primera mención de esta tribu figura en los textos sumerios de Tell Fara, 2.600 años a. C. Aquí se les llama *Mar.tu*. Los acadios, tomando probablemente la palabra sumeria, los llaman *amurru*. En ambos casos parece que uno de los significados más claros del término es el de “occidentales”, sin mayor precisión geográfica. Suponemos que llegaron a las ciudades del Creciente Fértil desde el Occidente, y que se desplazaron desde allí hacia la Siria actual, donde está enclavado su principal asentamiento conocido: Mari.

Posiblemente, *Mar.tu* también haga referencia a una deidad, aunque iconográficamente no se haya encontrado su imagen en ninguna tablilla. Es posible que haga referencia también a esa ciudad de Mari. Nosotros, como hispanohablantes, añadimos otras etimologías probables, que relacionan *Mar.tu* y *Amurru* con *Mar*, *Amar*, y *Maria*; tardíamente tal vez con *Sa-maria*, y precozmente con la diosa *Mari* del País Vasco.

Una parte mínima de la mitología de estos amoritas parece que se ha conservado traducida muy tardíamente por Eusebio de Cesarea, quien, en su *Preparación Evangélica*, resumía, utilizaba y extractaba al griego parte de una obra de Filón de Biblos, quien resumía a su vez los tres libros perdidos de un tal Sanchoniaton, quien dice haberla tomado “directamente de los archivos secretos de los Amorrilas” guardados en los templos de Biblos.

Sanchoniaton de Beirut, según los escritos de Eusebio, vivió antes de la guerra de Troya, es decir, antes del 1200 a. C., según los cálculos de los historiadores actuales (suponiendo que la Troya a la que se refiere Eusebio a través de Filón sea la Troya que descubrió Schliemann). Actualmente, estos pequeños fragmentos son de las pocas fuentes de información que tenemos acerca de la mitología prehomérica.

Esta pequeña parte, conservada y vinculada a los amoritas, nos habla ¡oh sorpresa! de Érebo, de Nix y de Phanes, de Urano, de Gea, de Dagon, de Astarté, de Atlas... ¿¡Tenían los amoritas

prehoméricos una mitología griega!? ¿O es que tuvieron los griegos una mitología amorita? ¿O todos ellos tenían una mitología común *aún* más antigua?

En Sanchoniaton, el Phanes órfico aparece como Photos y también como Eros. En castellano de toda la vida, AMOR, de donde tal vez derive la palabra Amor-ritas. Esa mística órfica, que pone en un lugar tan destacado el “Amor puro” o “Amor de oro”, casa bien con las tradiciones religiosas que posteriormente, en época histórica, se desarrollaron en el territorio ocupado por los amoritas. Fundamentalmente cuadra bien con el Cristianismo y con la tradición hebrea de Samaria, pues ambas hacen hincapié en la existencia de una poderosa e invisible fuerza a la que denominan “Amor”.

Uno de los aspectos más llamativos del texto de Sanchoniaton-Filón-Eusebio de Cesarea es que, junto a Nix y a Kronos, la Niebla y el Érebo desempeñan un papel fundamental en el origen del primer ser creado.

Esto resulta muy llamativo para quien ha venido estudiando las tradiciones del reino de Niebla en Huelva, ciudad frente a la que más de un erudito del Siglo de Oro español situaba el pantano del Érebo. Niebla y Érebo juntos. Tal vez en la antigua ciudad de Huelva se desarrollase o se representase alguna versión de este mismo mito y por eso hayan quedado los nombres.

Un mito representado en Huelva, representado seguramente en Mari y representado en muchos otros lugares del Mediterráneo. Y una mitología que aún está por descubrir.

Imagen de portada: Phanes en un bajo relieve Greco-Romano del s. ii A.D. Museo de Modena. Tomada de <http://www.tertullian.org/rpearce/mithras/images/cimrm695a.jpg>

Entre sus muchos atributos, además del nombre, los pies de cabra parecen identificarlo claramente con Pan. De entre la marabunta de símbolos destacan la cabeza de león (hercules), el rayo en la derecha (zeus), el cayado en la izquierda (hermes), los cuernos de la luna sobre los hombros (venus), las alas (eros) y la serpiente (cronos) que lo rodea cuya cabeza asoma por encima de la cabeza como entre los egipcios. En imágenes de mayor claridad se ven emerger también, por su izquierda, un carnero, por la derecha, un ciervo. Está rodeado por los signos del zodiaco.